

Francisco León, *Terraria*, Barcelona, La Garúa, 2006, 75 págs. (I Premio Internacional de Poesía Màrius Sampere 2005 en Lengua Castellana.)

Las referencias críticas proporcionadas por los escritores mismos —sin ser las únicas que debamos atender— presentan siempre un interés especial. Es preciso tener en cuenta lo que el poeta Francisco León manifiesta en el epílogo de *Terraria*. Confiesa aquí, en efecto, que este libro viene a clausurar el «arco de escritura» abierto en la tercera y cuarta partes de su libro anterior, *Tiempo entero* (2002), y que con este nuevo libro deja atrás «las obsesiones de ayer, las que acompañaron el mero existir y su meditación». Esta nota, y la propia lectura de *Terraria*, nos han hecho recordar un fragmento del *Libro del desasosiego* en el que Pessoa, desesperado por el dolor que le causa el inexorable fluir del tiempo, trata de exorcizar sus miedos gritando: «¡El tiempo! ¡El pasado! Ahí algo, una voz, una canción, un perfume ocasional, levanta en mi alma el telón de boca de mis recuerdos... ¡Lo que fui y nunca más será! ¡Lo que tuve y nunca más tendré! ¡Los muertos! Los muertos que me amaron en mi infancia».

Francisco León no es un desconocido en el ámbito de la literatura actual que se hace en Canarias. Su interesante labor como poeta y crítico empieza ya a ser amplia. Nacido en Icod de los Vinos (Tenerife) en 1970, se licenció en Filología Hispánica en la Universidad de La Laguna. Con posterioridad impartió clases durante un curso en la Universidad de la Bretaña Occidental (Brest, Francia). Además de alguna *plquette*, ha publicado los poemarios *Cartografía* (1999) y el ya citado *Tiempo entero*. Reciente está aún, por otra parte, la publicación de su diario *Ábaco* (2005). Junto con Alejandro Krawietz dio a la estampa la excelente y muy comentada antología *La otra joven poesía española* (2003). En 2005 fue incluido en *Campo abierto. Antología del poema en prosa 1990-2005* (edición de Marta Agudo y Carlos Jiménez Arribas) y ganó el I Premio Internacional de Poesía Màrius Sampere con el libro *Un canto bajo las nubes*, que ahora se publica con el título definitivo de *Terraria*. En 1998 había ganado el premio de poesía Gutiérrez Albelo. Desde su época de estudiante universitario ha estado vinculado a la edición de revistas de literatura como *Paradiso* (1993-1996), *Can Mayor* (2001-), *Vulcane* (2003-) o *Piedra y Cielo* (2004-), todas ellas enmarcadas en lo que alguien ha denominado la estela de las «corrientes *syntácticas*», es decir, de las líneas creadoras y críticas abiertas para la nueva generación de escritores canarios por la revista de literatura, arte y crítica *Syntaxis* (1983-1993). Francisco León, por otra parte, es traductor de autores portugueses e italianos. Nos hallamos, en definitiva, ante un autor muy activo y apasionado, consciente de su responsabilidad como creador.

Lo primero que hay que decir de *Terraria* es que se trata de un libro íntegramente formado por poemas en prosa. Hay en la poesía española de hoy un renacer de esta modalidad poética, como lo demuestran la ya mencionada antología de Agudo y Jiménez Arribas y la todavía más abarcadora *Antología del poema en prosa español* (2005) realizada por el investigador canario Benigno León Felipe. *Terraria* está estructurado en tres partes claramente definidas. El lector atento notará que la primera parte recoge los textos más *líricos* del volumen, aquellos en los que lo autobiográfico aflora con naturalidad ante nuestros ojos. La segunda parte, a nuestro entender, reúne unos poemas más filosóficos y morales, en algunos aspectos hasta ensayísticos, producto, quizá, de un autoanálisis más consciente. La tercera parte, finalmente, es un *ensayo* sobre el pintor Pierre Alechinsky y su relación, ctónica y pesadillesca, con la Isla de los Volcanes. Puede parecer un poco

excéntrico incluir un ensayo al final de un poemario, pero aparte de lo que podría llamarse la «voluntad de transgresión» de nuestro autor, creemos que ese texto no desentona en absoluto en el conjunto del libro, precedido como está ese texto, en la sección anterior, por más de un poema de parecido tono. «Alechinsky, una obsesión» sorprende gratamente por las finas intuiciones críticas que muestra el autor en relación con la estancia del pintor belga en Canarias, y también por el atractivo de su prosa. Remata el libro un «Epílogo» —apenas unas pinceladas mínimas— con interesantes notas informativas que nos dan algunas claves para comprender mejor el poemario.

Aunque Francisco León ya había hecho incursiones en el campo del poema en prosa, en *Terraria* opta por asumirlo como vehículo expresivo único. Algunas voces apuntan todavía reservas ante el poema en prosa, pero lo cierto es que cada vez son más los autores que se adentran en él sin complejos. Todo poema debe tener ritmo —¿quién lo duda?—, pues es la musicalidad lo que lo conforma como poesía, pero, ¿acaso la versificación o la rima no son convenciones literarias legítimamente superables? Francisco León parece haberlo entendido de este modo.

*Terraria* es un libro con una peculiar noción de belleza: ésta aparece a menudo ligada a imágenes violentas o terribles. Terminamos la lectura y lo primero que sentimos es la evidentísima presencia de la muerte. Desde la nota inicial, extraída del *Libro de los Muertos*, hasta el último monólogo de Tánatos, el regusto por el sentimiento tanático en todas sus modalidades es constante. Algunos poemas son como *kódaks* súbitas, que muestran «el bulto absurdo de la muerte» en unos muchachos dignos del Buñuel de *Los olvidados* que torturan a un perrito, o en la crudeza con la que describe —parece que podemos escucharlo— cómo se astillan los huesos resacos de un cadáver. Otros, como el que comienza «Toco la muerte cada día....», manifiestan el horror de la cotidianidad en la forma de una adelfa, planta de flores agraciadas, en apariencia inofensiva, pero virulentamente venenosa. A lo largo de todo el libro, en efecto, sentimiento de la muerte y experiencia poética se entrelazan.

La muerte también está presente en la descripción áspera, no exenta a veces de ternura, del paisaje insular. Se deja sentir en los bellos y abandonados parajes de Fuerteventura; en los roquedales, los malpaíses, los desiertos en los que el poeta encuentra «huesos, vidrios, calaveras sonrientes de perros»; en el extraño pueblo de Joan Brossa —Francisco León rinde aquí homenaje al poeta catalán— donde unas muchachas rientes solamente son estatuas «de rígidos senos» y el agua no es más que otro espejismo de «polvo y fragmentos de un libro escrito con versos de poetas venerables». Francisco León tiene muy presente, y hace que lo tenga el lector, el dolor de la tierra, su abandono, sus olvidadas ruinas. La muerte del territorio es su abandono.

Pero junto al omnipresente tema de la muerte también se descubren en estos poemas elementos ya presentes en libros anteriores del autor, como la diáfana luz de los espacios desérticos, la «respiración» telúrica del paisaje insular, lo mítico y lo sagrado en íntima comunión —sin contradicción aparente— con los elementos más profanos de la existencia. Francisco León no puede negar su herencia insular y atlántica, deudora de las vanguardias históricas, cuando gritaban, en una suerte de catarsis, que no es el tiempo de la Historia, sino de la Geografía, del Espacio. El título de *Terraria* resulta nítidamente significativo a este respecto.

La poesía de este libro es eminentemente visual, *fanopeica*, en algunos momentos casi podríamos afirmar que es «plástica». ¿Podía ser de otra manera? Sabemos por sus textos

críticos el gran interés de Francisco León por la pintura: la admiración que siente por ese artista «cinematográfico» que es Edward Hopper, o sus análisis de diferentes pintores insulares que han influido en su percepción de la realidad que le circunda, como José Herrera, Carlos Schwartz, Francisco Acosta, Luis Palmero y otros. No puede sorprender, pues, que haya decidido cerrar *Terraria* con un texto dedicado a Pierre Alechinsky. Como si de una pequeña novela de misterio se tratara, el poeta va desgranando una historia apasionante, dejando caer aquí y allá breves pistas que nos conducen a una conclusión sorprendente. El lector queda invitado a conocerla. No le defraudará.

Pastor Díaz